

La gran entrada

Cabeza de Vaca resultó ser, una vez instalado en Asunción, un gobernador de poca habilidad. Tomó severas medidas de disciplina que lo hicieron impopular; su fama de aventurero se diluyó en las discusiones internas de la colonia.

Obtuvo un éxito importante cuando venció a los guaycurúes, una tribu guerrera que hasta el momento había sido absolutamente hostil. Derrotados en una batalla, los guaycurúes se sometieron al gobierno del Adelantado; y esta victoria sobre los rebeldes nativos lo convenció de la posibilidad de concretar el proyecto que lo llevó a Asunción: internarse en las selvas chaqueñas viajando hacia el oeste, llegar a la gran cordillera y al Perú, y establecer una vía de comunicación por tierra entre los dos establecimientos españoles.

Nuevamente estaba ganado por la fiebre de aventura; no le importaban las dificultades ni el estado de ánimo de sus hombres, muy quebrado por el descontento causado por la excesiva disciplina.

A su orden, Irala remontó el Paraguay a fin de encontrar un punto adecuado para iniciar la marcha. Durante tres meses Irala subió por el río, llegando hasta las lagunas de los Jarabes -que llamó "de los Reyes"- situadas casi en el corazón del continente.

Estableció contacto con los indígenas chanes y de sus informes y observaciones personales llegó a la conclusión de que aquel era el mejor lugar para iniciar la expedición hacia el Perú. Los indígenas eran amistosos, se ofrecían a servir de guía y dispuestos a alimentar a los conquistadores. Poseían objetos de oro y plata, lo cual convenció a Irala de que estaban cercanos al gran Imperio de la Plata. Bajó nuevamente el río, en informó al Adelantado de sus descubrimientos.

En septiembre de 1543 Cabeza de Vaca emprendió la expedición; llevaba 400 españoles y 1200 guaraníes; se transportaban en una gigantesca flota de canoas, cargada de provisiones y armas.

A su orden, Irala remontó el Paraguay a fin de encontrar un punto adecuado para iniciar la marcha. Durante tres meses Irala subió por el río, llegando hasta las lagunas de los Jarabes -que llamó "de los Reyes"- situadas casi en el corazón del continente.



Manos Indígenas.

Todo salió mal. El viaje por río fue más largo de lo esperado porque perdió mucho tiempo hablando con las tribus que encontraba a su paso. Al arribar al puerto que le señalara Irala ya había comenzado la estación de las lluvias por lo que toda la región era un pantano. De todos modos intentó seguir adelante con 300 de sus hombres; lo que fue una empresa inútil y desesperada. Faltos de víveres, agotados, debieron regresar al punto de desembarco.

Algunos de sus capitanes salieron a explorar la región; tampoco tuvieron éxito. Todo el territorio era una enorme laguna, en la cual el agua impedía avanzar. Los alimentos escaseaban y las enfermedades tropicales comenzaron a doblegar la salud de los hombres. Millones de mosquitos hacían insoportable la vida; por las noches aparecían los murciélagos y vampiros que no vacilaban en atacarlos. Hasta Cabeza de Vaca fue mordido por uno de estos animales; de su herida manaba tanta sangre que se despertó alarmado creyendo haber sido atacado a puñaladas por algún enemigo. Afebrados, hambrientos, calados hasta los huesos por las lluvias, los soldados comenzaron a exigir el regreso a Asunción. El Adelantado insistió por unos días el mantenerse hasta la llegada del buen tiempo, pero fue inútil; la amenaza de un motín lo obligó a ordenar el retorno.



Instrumentos Indígenas.

Allá sería acusado, juzgado y absuelto, pues poco podía imputársele salvo su rigidez; pero obtener la absolución le llevó ocho años, al cabo de los cuales había perdido su fortuna y su salud. Además se le prohibió regresar a la América del Sur, de por vida.



Harapientos, abrumados por el fracaso, llegaron a Asunción. Acusaban a su jefe de la derrota y su descontento se unió al de los que, en su ausencia, conspiraron contra el Adelantado. Una noche se decidieron: sin miramientos entraron en la casa de Cabeza de Vaca –que estaba postrado en la cama- y sin mayores contemplaciones lo cargaron de grillos. Enfermo y débil, fue arrojado a un oscuro calabozo, en el que estuvo por diez largos meses, al cabo de los cuales lo enviaron a España, encadenado.

Allá sería acusado, juzgado y absuelto, pues poco podía imputársele salvo su rigidez; pero obtener la absolución le llevó ocho años, al cabo de los cuales había perdido su fortuna y su salud. Además se le prohibió regresar a la América del Sur, de por vida.

Y así se fue perdiendo en los tiempos la fama de don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, segundo adelantado del Río de la Plata, el hombre que atravesó dos continentes en pos de quimeras gloriosas que no pudo hallar; porque nunca se hallaron las Siete Ciudades de Cibola ni el Imperio de Plata.

Pero seguramente como otros conquistadores, don Alvar Núñez habrá muerto pensando que estuvo muy cerca de aquellos reinos donde todo era riqueza y la vida, eterna: tras el próximo recodo del río, más allá de aquella lomada, o pasando ese bosque que cerraba un ancho prado.